

# El dique y las turbulentas aguas del gaitanismo. Violencia política y populismo en Colombia de mediados de siglo xx\*

Cristian Acosta Olaya (Colombia)\*\*

Orcid ID: <http://orcid.org/0000-0002-0415-1186>

## Resumen

A pesar de los múltiples estudios existentes sobre el gaitanismo colombiano, la caracterización de este proceso político como populista ha sido una cuestión muy problemática. Este artículo se propone no solo mostrar la pertinencia analítica del concepto de populismo a partir de los estudios contemporáneos sobre las identidades políticas para comprender la configuración del movimiento gaitanista, sino también dar muestra de un debate ulterior: la compleja relación entre la violencia política y el fenómeno populista. La hipótesis es diferenciar ambos procesos políticos tomando como caso la discursividad gaitanista de mediados de siglo xx en Colombia. Así, el *leitmotiv* de esta imbricación de análisis teórico y estudio histórico es mostrar las tensiones propias de los procesos populistas latinoamericanos en contextos violentos imperantes en la región, especialmente el colombiano. Se considera, entonces, que el populismo, antes que promover una violencia desmesurada hacia la alteridad, pregonaba una transformación radical del todo comunitario, al mismo tiempo que polariza el campo político donde se desarrolla.

[128]

## Palabras clave

Populismo; Gaitanismo; Violencia Política; Identidades Políticas; Colombia.

**Fecha de recepción:** febrero de 2017 • **Fecha de aprobación:** junio de 2017

---

\* Este artículo es una ampliación de la investigación realizada para la maestría en Ciencia Política del Instituto de Altos Estudios Sociales (Idaes), Universidad de San Martín (Unsam), «¡A la carga!». *Gaitanismo, populismo y construcción de identidades políticas en Colombia (1944-1948)*, en el marco del doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, con el apoyo de la beca doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Argentina. Agradezco los comentarios y sugerencias del grupo de Estudios Políticos del Idaes a una versión preliminar de este texto.

\*\* Politólogo. Magister en Ciencia Política. Becario doctoral del Conicet en el Instituto de Altos Estudios Sociales (Idaes), Universidad de San Martín (Unsam), Argentina. Correo electrónico: [cjacostao@gmail.com](mailto:cjacostao@gmail.com)

## Cómo citar este artículo

Acosta Olaya, Cristian. (2018). El dique y las turbulentas aguas del gaitanismo. *Violencia política y populismo en Colombia de mediados de siglo xx. Estudios Políticos* (Universidad de Antioquia), 52, pp. 128-148. <http://doi.org/10.17533/udea.espo.n52a07>

# Dike and Troubled Waters of Gaitanismo. Political Violence and Populism in the Mid-20th Century in Colombia

## Abstract

Despite the many existent studies about Colombian Gaitanismo, this political process' characterization as a populist one has been a very troublesome matter. This work proposes not only to show the analytical pertinence of the concept of populism – from the contemporary studies about political identities – in order to understand the configuration of the Gaitanist movement, but also to propose a subsequent debate: the complex link between political violence and the populist phenomenon. The hypothesis of this paper is to distinguish both political processes taking as a case the Gaitanist discursivity of the mid-20th century in Colombia. Thus, the *Leitmotiv* of interweaving the theoretical analysis with the historical study is to show the typical tensions of the Latin American populist processes in an important prevailing violent context in the region, that is, the Colombian one. Finally, the analysis considers that the populism, instead of promoting a disproportionate violence toward others, proclaims a radical transformation of the community as a whole, and simultaneously polarizes the political field where it takes place.

[129]

## Keywords

Populism; Gaitanismo; Political Violence; Political Identities.

## Introducción

Dentro de su estudio en Colombia, la definición del movimiento político de Jorge Eliécer Gaitán<sup>1</sup> en cuanto proceso populista ha sido una cuestión más bien confusa.<sup>2</sup> Esta indeterminación, es cierto, remite a un argumento recurrente con el que se ha buscado sustentar que el gaitanismo es un familiar muy lejano de los populismos clásicos latinoamericanos —el peronismo argentino, el varguismo brasileño y el cardenismo mexicano—: el homicidio de Jorge Eliécer Gaitán en pleno centro de Bogotá el 9 de abril de 1948, justo cuando parecía inevitable su ascenso a la Presidencia dos años más tarde. A partir de estos hechos, se obstruyó cualquier posibilidad de un «gobierno gaitanista». Así, lejos de sus parientes remotos, el gaitanismo tuvo la indeleble marca de no haber asumido el poder ejecutivo, lo que supuso apartarlo de cualquier ejercicio comparativo o agrupamiento frente a procesos populistas cuyas figuras centrales sí asumieron la Presidencia de sus respectivos países.<sup>3</sup>

[130]

Asimismo, resulta llamativo cómo la historiografía y la Sociología colombianas, en gran parte de los estudios abocados al gaitanismo, asignaron un lugar caótico y de barbarie a este movimiento político a causa de los hechos de violencia que siguieron al asesinato de Gaitán en Colombia y conocidos posteriormente como *El bogotazo*. Justamente, en este hito histórico colombiano la «chusma nueveabrileña» no solo linchó al asesino del entonces jefe único del Partido Liberal e incendió distintos edificios del centro de la ciudad, también en distintas partes del país surgieron intentonas insurreccionales que, si bien reclamaron la caída del gobierno conservador de

---

<sup>1</sup> Es importante recordar que Gaitán, nacido en Bogotá en 1898, fue uno de los personajes políticos más importantes de la historia colombiana y del Partido Liberal. Fue alcalde de Bogotá (1936-1937), ministro de Trabajo, Higiene y Previsión Social (1942-1943), candidato disidente del Partido Liberal para las elecciones de 1946 y jefe único de dicho partido desde 1947 hasta su asesinato, el 9 de abril 1948.

<sup>2</sup> En la introducción de su libro *La explosión del populismo en Colombia*, el reconocido historiador colombiano César Augusto Ayala (2011) plantea al movimiento político de Gustavo Rojas Pinilla, la Alianza Nacional Popular (Anapo), como la variante del populismo propia de dicho país. Sin embargo, pese a su sugestivo y pertinente análisis del anapismo, Ayala no brinda una referencia clara acerca de la especificidad del populismo.

<sup>3</sup> Con excepción, cabe aclararse, del aprismo peruano, que comúnmente ha sido caracterizado como un movimiento populista pese a no haber llegado al poder en los años en que surgió como opción política. De hecho, Torcuato Di Tella (1965, p. 414) trató de similares a los procesos iniciados por Raúl Haya de la Torre y Gaitán en sus respectivos países. Para un análisis del aprismo como proceso populista, se recomiendan las poco remitidas reflexiones de Ernesto Laclau (1987) al respecto.

Mariano Ospina Pérez, carecieron de una organización política perdurable en el tiempo.<sup>4</sup> Los hechos del 9 de abril parecían así demostrar que la masa gaitanista, al quedar «acéfala» por la muerte de su líder, sucumbió a una rabia generalizada e irrestricta. Al respecto, tan solo cuatro años después del homicidio del líder del liberalismo, el gaitanista José Antonio Osorio Lizarazo (1998 [1952]) afirmó:

[...] Durante mucho tiempo el pueblo esperó en vano que Gaitán lo lanzase «a la carga» para restaurar la justicia y realizar una revaluación humana de los humildes. Pero Gaitán vaciló [...]. Entonces subsistió solamente el alarido «¡a la carga!» y ya no estaba la voluntad predominante para refrenar los ímpetus ni las represalias. Ya el dique quedaba abierto y era tarde para contener el torrente desmesurado (p. 298).

Resulta paradójico, sin embargo, que tanto la ausencia de Gaitán como la inmediata cólera destructiva de aquella «chusma sin dios ni ley» del 9 de abril<sup>5</sup> hayan permitido consolidar lugares comunes desde los cuales se le ha dado al gaitanismo algún grado de consanguineidad con los fenómenos populistas latinoamericanos, siempre y cuando estos sean entendidos como procesos de liderazgos carismáticos fuertes, catalogados con términos tales como bonapartismo o cesarismo, todos ellos fenómenos en los cuales la figura de un líder demagógico representa el catalizador de un odio no de clase contra un enemigo difuso: la oligarquía.

[131]

Este trabajo, no obstante, señala que es posible permanecer al margen de descripciones similares —es decir, peyorativas— acerca del populismo. Por ende, el texto se inclina a la indagación sobre el fenómeno populista a partir de una serie de estudios recientes abocados a las identidades políticas —entendiendo a estas como «el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido que establecen, a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos» (Aboy

<sup>4</sup> Un relato harto interesante de los hechos nueveabrileros en Bogotá es el elaborado por el periodista peronista Aníbal Pérez (2010 [1948]) en una serie de cartas a su familia en Argentina. Frente a las reacciones en provincia del asesinato de Gaitán, es inevitable hacer referencia a los trabajos de Gonzalo Sánchez (1982) y Mary Roldán (2003).

<sup>5</sup> Según la esposa de Mariano Ospina Pérez —presidente conservador de Colombia entre los años 1946-1950—, Bertha Hernández, *El bogotazo* demostró que «Gaitán era el jefe supremo de una chusma sin dios ni ley [...] que él había azuzado con sus discursos» (Braun, 1998, p. 266).

Carlés, 2001, p. 54)— y en los cuales las concepciones despreciativas de aquel fenómeno han sido cuestionadas con contundentes argumentos.<sup>6</sup> En este sentido, aquí se considera al populismo como un tipo específico de gestión identitaria —configuración discursiva de sentido— al interior de las identidades populares. Teniendo en cuenta lo anterior, es pertinente ampliar las discusiones sobre las diversas dimensiones del gaitanismo, asumiendo que este es un proceso populista —como se desarrolla más adelante—, y su relación con el contexto político en el que emerge.<sup>7</sup>

Para tales fines, es importante retomar la cita de Osorio (1998 [1952]) referida párrafos atrás, y a partir de ella preguntar puntualmente: ¿frente a qué dejaba un «dique abierto» la muerte de Gaitán? Y siguiendo la imagen sugerida por el autor gaitanista: ¿qué es ese «torrente desmesurado» al que hacía referencia?, ¿qué gestionaba, entonces, el gaitanismo en forma de «dique»?

El objetivo de estos interrogantes es indagar sobre la relación entre el gaitanismo y la violencia política propia de la década de 1940 en Colombia. Si efectivamente se puede considerar que el movimiento político de Gaitán, al ser una identidad populista, no podía controlar su propia imprecación originaria —oscilando entre orden y ruptura—, la construcción discursiva gaitanista sí logró plantear una ruptura particular con el contexto fratricida en el que surgió. En otras palabras: lo que se busca aquí es dar muestra de que la identidad gaitanista se erigió en forma de *dique* frente a la eliminación física del adversario político como condición *sine qua non* de la pugna por el poder en los años en que este movimiento brotó.

Por consiguiente, si bien el proceso gaitanista se desarrolló dentro de una «dinámica de enfrentamientos discursivos mutuos» (Rodríguez Franco, 2012, p. 101) y de prevalencia de una «pertenencia primordial» bipartidista (Perea, 1996), el movimiento liderado por Gaitán manejó una

<sup>6</sup> Si bien la discusión es inmensa, es importante remitir al lector algunos textos que han contribuido a la discusión en torno al populismo en América Latina (Laclau, 1986 [1977]; 2005; Mackinnon y Petrone, 1998; Aboy Carlés, 2004; 2013; Melo, 2009). Por otra parte, un ejemplo grosero del vigente uso peyorativo del concepto populismo en América Latina es el libro del chileno Alex Kaiser y de la guatemalteca Gloria Álvarez (2016), *El engaño populista*; título que —valga decirse—, en conformidad por un momento con los escuetos desarrollos analíticos de sus autores, no sería más que un irrisorio pleonasma.

<sup>7</sup> Para un panorama sobre la pertinencia del término *populismo* para referirse al gaitanismo, véase Ana Lucía Magrini (2011), Ricardo López (2011) y Cristian Acosta Olaya (2014; 2016).

lógica identitaria que no implicaba un simple «reclamo de la muerte para el otro» (Pécaut, 2001 [1987], p. 524). En vez de ser un proceso político que mantuvo sin inconvenientes el *continuum* de eliminación del adversario del bipartidismo, el gaitanismo logró gestionar particularmente el reclamo a dicha eliminación, dejando resquicios para la conversión de su alteridad y su abatimiento en el campo puramente electoral.

## 1. Populismo, violencia y gaitanismo: procesando la «pertenencia primordial»

Antes de encarar el tema del gaitanismo, es importante hacer hincapié en los presupuestos teóricos y metodológicos desde los cuales este trabajo se proyecta. Ciertamente, a partir de los desarrollos analíticos de Julián Melo (2009) y Gerardo Aboy Carlés (2014), que toman como foco de atención los casos «clásicos», los rasgos principales de los procesos populistas son: el *fundacionalismo*, generación de abruptas fronteras respecto a un pasado ominoso; el *hegemonismo*, pretensión a representar al todo comunitario; las *oposiciones bipolares*, la imposible síntesis entre el carácter reformista y el carácter conciliador de su discursividad; y el *regeneracionismo*, la simultánea inclusión-exclusión de la alteridad, esto es cuando el «enemigo nunca es plenamente enemigo» (Aboy Carlés, 2014, pp. 36-44). Es a partir de este faro analítico, abocado al estudio de la conformación de identidades políticas, que el gaitanismo —específicamente entre 1944 y 1948— puede ser caracterizado como un movimiento populista, cuestionando puntualmente que para que dicho proceso identitario tenga lugar sea necesario ocupar una posición específica en el poder del Estado: la Presidencia.

[133]

En efecto, al tener en cuenta elementos tales como el trazado de fronteras políticas respecto al pasado, la relación conflictiva entre la *parte* y el *todo* de lo social y el particular procesamiento de su alteridad, el gaitanismo devela rasgos propios de una lógica identitaria populista. Incluso, es posible constatar que en la configuración del movimiento gaitanista desde 1944 —año en el que se da inicio a su primera campaña por la Presidencia de Colombia— hasta las elecciones de mayo de 1946, la discursividad de Gaitán y de sus militantes presentó una oscilación inestable entre propuestas de ruptura y de integración. En fórmulas tales como «Por la restauración democrática y moral de la República», lema de su primera campaña presidencial, estaban presentes tanto la propia fractura que Gaitán

quería trazar frente al pasado como también una promesa de orden en la figura de una «democracia verdadera» (Acosta, 2015).

También, a partir del análisis de la retórica gaitanista posterior a su derrota electoral en 1946, es posible cuestionar que el subsiguiente posicionamiento de Gaitán a la cabeza del Partido Liberal en 1947 haya significado la inversión de su momento político inicial, es decir, la prevalencia de un rasgo integrador frente a un polo rupturista (Pécaut, 2001). Al contrario, dicha yuxtaposición entre el movimiento gaitanista y el oficialismo liberal fue lo que permitió una integración del bipartidismo tradicional a la imprecación propuesta por Gaitán, y no al revés. En otras palabras, la consolidación del gaitanismo en su partido puede ser leída como la institucionalización de una *fractura* dentro de los tradicionales órdenes políticos de Colombia (Acosta, 2015).

[134]

Ahora bien, es sabido que la violencia del siglo xx en Colombia se ha estudiado desde distintos vectores, conocidos ya en demasía; no obstante, si se acota el estudio de dicho fenómeno al interior de los análisis contemporáneos sobre el populismo en Colombia, se evidencia una insistencia en que el recurso de las armas para la transformación política del país tiene como fecha de inicio el 9 de abril de 1948, día del asesinato de Gaitán. Este argumento supone, en efecto, una estrecha relación entre la violencia y una activación de «sectores populares» por parte del gaitanismo. Este es el argumento del historiador Marco Palacios (1971) en *El populismo en Colombia*, quien concluye que la movilización gaitanista activó las «capas populares» colombianas en lo que respecta a la participación política; por ende, posterior a la muerte de Gaitán, «sólo la persecución sistemática [a las capas populares] desde el poder podrá acallarlas por un periodo limitado» (p. 47).

Un crudo panorama de este proceso de violencia desde el Estado, entre fines de los años cuarenta hasta el inicio del Frente Nacional, es mostrado por la analista colombiana Gina Paola Rodríguez (2014). La autora expone que La Violencia, lejos de haber sido simplemente una manifestación de odios fratricidas propios del bipartidismo, fue parte de una «violencia parainstitucional» en forma de «cruzada antipopular y anticomunista». Rodríguez da muestra de cómo distintos grupos paramilitares de importantes zonas rurales, con la complicidad del Partido Conservador,

buscaron desarticular al liberalismo a partir de «prácticas criminales de homogeneización» en la Colombia de mediados de siglo xx (p. 149), esto frente a la movilización popular iniciada por Gaitán que, «en un discurso antioligárquico [...] aglutinaría las demandas de la población más pobre y excluida» (p. 138). Para esta autora, la exclusión del liberalismo, en cuanto eliminación de la diferencia política y pilar de la «homogeneización» criminal conservadora, sirve para comprender cómo la violencia desde el Estado ayudó a desatender las demandas «sociales» y «derechos de las clases subalternas» colombianas, que tenían origen tanto en las transformaciones políticas establecidas por la corta «República Liberal» como por la intensa participación del gaitanismo en la escena política (p. 160).

Por otra parte, en lo que respecta a una caracterización del «momento del populismo (1945-1948)» en Colombia, Daniel Pécaut (2001 [1987]) considera que el proceso gaitanista es el que logra, más allá de sus contradicciones, «convertirse en portavoz de las exigencias de justicia social», profundizando las reivindicaciones truncadas tanto por la crisis del segundo gobierno de Alfonso López Pumarejo (1942-1945) como por el retorno del conservatismo al poder. Al haber profundizado la movilización popular, el gaitanismo creó «una forma de legitimación sobre la cual será difícil de volver en años posteriores, incluso cuando la coyuntura externa no presente tan buenas perspectivas» (p. 418).

[135]

El estudio de Pécaut, sin duda, se inscribe en los diversos análisis sobre las décadas de 1930 y 1940 en Colombia en los que se subraya aquel trasfondo particular que relaciona la violencia y el populismo, a saber, la activación de los sectores populares. Y si bien para Pécaut el flujo y reflujo social creado por el gaitanismo es de tal magnitud que la clase dirigente colombiana no conoció otro medio que el represivo para establecer el orden posterior a la muerte de Gaitán, para el autor francés, sin embargo, el vínculo entre gaitanismo y violencia ya estaba establecido aun antes del 9 de abril de 1948. Así, dicho vínculo no solo tendría que ver con la violencia ejercida desde «arriba» —estatal—, sino también con el rechazo de la identidad gaitanista a «todo reconocimiento de las estructuras organizativas propias de los sectores populares» —los sindicatos—, entablando una relación con los trabajadores solo a través de la «fusión directa con el líder» que negaría cualquier autonomía de los sectores sociales movilizados (Pécaut, 2001, p. 459).

Esta fusión de la masa con el líder cimienta el argumento de una correlación entre la heteronomía de las masas gaitanistas y la irrupción de una violencia irrestricta después del 9 de abril. *El bogotazo*, entonces, no sería más que la irrupción de sectores populares «extraviados», sin intereses de clase claros, obliterados por el proceso gaitanista. De esta manera, el gaitanismo configuró una lucha política que no encuentra «un adversario de clase al cual referirse»: los «sectores medios y [el] campesinado [...] sólo disponen de un adversario que, por ser definido en términos puramente políticos, es siempre *otro* arcaico que es también el doble de sí mismo» (Pécaut, 2001, p. 526). Estos factores resaltarían que los fundamentos simbólico-políticos del movimiento gaitanista —al igual que los proferidos por el ultraconservador Laureano Gómez y sus adeptos— estaban basados en dicotomías absolutas entre lo puro y lo impuro, y por ende, solo «queda el reclamo *de la muerte, para el otro y para sí mismo, permanentemente renovado*» (p. 524, énfasis propio).

[136]

El populismo y la violencia en Colombia de mediados de siglo xx estarían así imbricados en un *continuum* respecto a la exacerbación de los odios bipartidistas de la época. Sucedida la muerte de su líder, el pueblo gaitanista sería solo el reducto de una «fuerza ciega», sin un claro *enemigo* y sin otra identidad que la liberal. Esta relación del gaitanismo con el bipartidismo supone, en última instancia, que «el populismo alimenta, a pesar suyo, la marcha hacia la violencia» (Pécaut, 2001, p. 478).

Este vínculo entre el entorno de la violencia bipartidista y el gaitanismo es fundamental al interior de la obra de Carlos Mario Perea (1996). En su libro *Porque la sangre es espíritu*, da muestra tanto de un entorno de tensión entre partidos políticos propio de la década de 1940 en Colombia como del rol del gaitanismo al interior de estas disputas partidistas, tomando como foco de análisis las bases de una «cultura política» que alentaba la muerte del adversario. En efecto, lejos de colocar al movimiento gaitanista —y al Partido Liberal desde 1946— en el grupo de las víctimas frente a los victimarios conservadores, Perea sugiere que el periodo de los años cuarenta es uno rebasado de ataques y descalificaciones mutuas entre partidos y movimientos políticos, confrontación que —curiosamente— no se rige por desacuerdos en los aspectos económico, social o siquiera ideológico entre facciones. Para este autor el combustible que alimenta el conflicto entre partidos es una cultura política basada en una «pertenencia primordial»

(p. 23), esto es, una identidad partidista que solo puede ser vivida «como naturaleza única y fundante». Es decir, que «[...] el *Otro*, el distinto, encarna el límite y la destrucción. Y en el corazón del sentimiento que confiere esta conciencia de autenticidad irrepetible, el grupo inmediato se convierte en ente del orden de lo natural» (pp. 23-24).

¿Cuál es, entonces, el rol del gaitanismo en aquel contexto saturado de «odios hereditarios»? Para Perea (1996), si bien el movimiento gaitanista logra agregar elementos innovadores en la disputa bipartidista —por ejemplo, las dicotomías pueblo-oligarquía y país nacional-país político—, dichas oposiciones no lograrían romper con la primacía de la disputa entre partidos; al contrario, se tornarían en referentes totalizadores al servicio de aquellos odios tradicionales. De nuevo, en palabras del autor: «[...] Instalado en los libretos imaginarios [Gaitán] llevó hasta el paroxismo la sacralización, condujo hasta el límite el enfrentamiento insuperable y arrasó hasta el éxtasis la reclusión del pueblo en los torrentes de la sangre y la tierra» (p. 184).

En síntesis, para Perea (1996) el movimiento gaitanista no logró salir del contexto de violencia en el que germinó; en cambio, dicho proceso político se inscribió sin problemas en una gramática de violencia irreconciliable que se desbocó con más fuerza desde el 9 de abril de 1948. Muestra de esta permanencia de la violencia de la que no logra escapar el gaitanismo es justamente, según este autor, uno de los últimos discursos públicos de Gaitán. El 15 de febrero de 1948, el jefe del liberalismo asistió al funeral de trece militantes gaitanistas asesinados en la ciudad cafetera de Manizales. Allí, Gaitán expresó en forma de homenaje a los difuntos:

[...] Compañeros de lucha: sólo ha muerto algo de vosotros, porque del fondo de vuestras tumbas sale para nosotros un mandato sagrado que juramos cumplir a cabalidad [...] os habéis reincorporado al seno de la tierra. Ahora, con la desintegración de vuestras células, vais a alimentar nuevas formas de vida. [...] Compañeros de lucha: al pie de vuestras tumbas juramos vengaros (Gaitán, 1968 [1948], p. 509).

Para Perea (1996), aquel «juramos vengaros» no es más que una «exaltación del código de la sangre» (p. 189). Asimismo, llama la atención que para Pécaut (2001) el mismo discurso de Gaitán es evidencia de que desde el movimiento gaitanista «sólo queda la [oposición] de la vida y la muerte, de la cual se nutre la fuerza colectiva» (p. 535). En este sentido, para ambos autores el desenlace trágico de *El bogotazo* sólo es explicable a partir

[137]

del llamamiento a la violencia partidista del que el gaitanismo no se pudo desprender.<sup>8</sup>

Efectivamente, un análisis del movimiento liderado por Gaitán es incompleto si se soslaya su contexto histórico específico y su particular modo de influir en la construcción de identidades políticas de la época. También es cierto que para la Colombia de la década de 1940, la disputa irrestricta entre los dos partidos hegemónicos atraviesa toda la actividad política del momento: es indudable que hay elementos de aquella disputa irrestricta entre partidos en la discursividad gaitanista. No obstante, ambos autores arriba citados obliteran un componente de gestión de dichos elementos por parte del gaitanismo, donde la exclusión del adversario tiene como fundamento la reconfiguración del espacio político a través de las victorias electorales y no la eliminación física del *otro*.

No es fortuito, entonces, que tanto Perea como Pécaut citen de manera incompleta las palabras del líder liberal en su intervención pública antes citada. En efecto, el final de dicho discurso podría poner en aprietos la hipótesis tanto del historiador colombiano como del analista francés, ya que no hay simplemente un llamamiento «sin más» a la muerte de la alteridad por parte del líder liberal. Continúa, entonces, Gaitán su intervención:

[138]

[...] Compañeros de lucha: al pie de vuestras tumbas juramos vengaros, *restableciendo con la victoria del partido liberal* los fueros de la paz y de la justicia en Colombia. Os habéis ido físicamente, ¡pero qué tremendamente vivos estáis entre nosotros! Compañeros: vuestro silencio es grito. Vuestra muerte es vida de nuestro destino final (Gaitán, 1968 [1948], p. 509. Énfasis propio).

La venganza no sería, pues, la eliminación del adversario sino su abatimiento electoral, esto dentro de las tensiones propias del enfrentamiento partidista de la época; de ahí que la «reconquista del poder» parezca un lema ambiguo —pacífico y violento al mismo tiempo— para la campaña de Gaitán a partir de 1947. Testimonio de dicha tensión es también el acto multitudinario más importante del gaitanismo, «La marcha del silencio», convocada para el 7 de febrero de 1948. Allí, Gaitán pronunció un corto

---

<sup>8</sup> Al respecto, Pécaut afirmó recientemente, en una charla para la Universidad de Antioquia, que el gaitanismo, al no haberse alejado completamente del Partido Liberal, estuvo atrapado en el orden político y social de la época. Por esta razón la muerte de Gaitán significó tanto el abrupto fin del camino populista como la permanencia de la violencia política en Colombia (Pécaut, 2014, p. 22).

discurso en el cual, además de alardear de su capacidad para conducir las masas liberales y gaitanistas, hizo al mismo tiempo un llamado personal al presidente Mariano Ospina Pérez para que frenara la violencia imperante en diversas zonas del país; y, a su vez, realizó una reivindicación de la figura beligerante de la «legítima defensa» (Gaitán, 1968 [1948], p. 506).

Antes de dispersar la manifestación sin ninguna clase de disturbio, Gaitán le exigió al presidente hechos de paz para que las luchas políticas se desarrollaran «por los cauces de la civilización», advirtiéndole que:

[...] amamos hondamente a esta nación y no queremos que nuestra barca victoriosa tenga que navegar sobre ríos de sangre hacia el puerto de su destino inexorable [pero] ¡no creáis que nuestra serenidad, esta impresionante serenidad, es cobardía! Nosotros, señor Presidente, no somos cobardes. ¡Somos capaces de sacrificar nuestra vida para salvar la paz y la libertad de Colombia! (Gaitán, 1968 [1948], p. 507).

Así, al interior de la configuración discursiva del movimiento de Gaitán entre 1946 y 1948, la mencionada tensión entre una beligerancia propia de la «legítima defensa» y la transformación pacífica —electoral— del país terminó por resolverse muchas veces hacia el último polo, esto a través de una resignificación de la tradición democrática y de significantes que la evocaban. Esta operación le permitió al gaitanismo domesticar la imprecación violenta tanto de su discursividad como del contexto mismo en el que su propuesta identitaria tuvo protagonismo. Es por medio del llamamiento a transformar por medios «civilizados» el orden político —elecciones—, tensionada por la amenaza a ejercer la «legítima defensa», que hay una particular reticencia a la eliminación física de la alteridad por parte del gaitanismo. Es importante, entonces, revisar en detalle cómo se configura a partir del gaitanismo dicha reticencia.

[139]

## **2. El gaitanismo en el Partido Liberal: entre la guerra bipartidista, las elecciones y la «legítima defensa»**

Es cierto que la construcción del pueblo gaitanista en cuanto sinónimo de pueblo colombiano, desde 1945, estaba ligada a la consecución de una supuesta «democracia real»; y esta era solo posible en la medida en que se estableciera la victoria electoral del liberalismo disidente como «acción liberadora para los oprimidos», sin importar su origen partidario (Gaitán, 1968 [1945], pp. 392 y 400). Al respecto, en la Plaza de Toros de Santamaría,

el 23 de septiembre de 1945, el líder del gaitanismo expresaría lo siguiente en su famoso Discurso-Programa:

[...] Nuestra devoción debe orientarse hacia la liberación real del hombre colombiano, maltratado y olvidado, *en el surco de siniestros odios infecundos*; relegado a puesto secundario porque el sitio que le corresponde lo ha conquistado alevemente *el país político*, que desata sus rencillas, sus controversias, sus hipocresías, sus pasiones estratégicas como si el otro gran país humano no existiera (Gaitán, 1968 [1946], pp. 402-403. Énfasis propio).

El gaitanismo y el llamamiento a un pueblo que debía redimirse «Por la restauración moral y democrática de la República» no estaba cimentada solo sobre la reivindicación de los «oprimidos» y «olvidados» sino, evidentemente, también en la construcción de un antagonismo frente a una alteridad de aquella verdadera comunidad: «el país político» es, entonces, establecido dentro de la discursividad gaitanista como una «excrecencia irrepresentativa» (Aboy Carlés, 2010, p. 27) contra la que hay que luchar. En este sentido, Gaitán apelaría a la tradición del Partido Liberal como «fuerza impulsadora» del pueblo en tanto «país nacional» contra el «político».

[140]

Ciertamente, la apelación de Gaitán a un *pueblo* y a la victoria del gaitanismo en las elecciones de 1946 como sinónimo de una victoria liberal estaba concatenada con una configuración del contrincante político como una parte ilegítima de la comunidad. El 30 de abril de 1946, este líder explicó que tanto los jefes liberales como los conservadores no han comprendido la transformación del pueblo con la llegada del gaitanismo: «[...] Se ha operado un cambio fundamental: que el pueblo rompió las barreras y que ese pueblo, de sus entrañas, con su propio instinto y con su propio razonar, lanzó a las calles un candidato suyo» (Gaitán, 1968 [1946], p. 440).

Así, la campaña presidencial de Gaitán para 1946 estableció, en un contexto político dominado por el bipartidismo tradicional, un punto de ruptura tomando como base no solo la configuración de un antagonismo contra la «oligarquía»-«país político» sino también la construcción discursiva de un verdadero pueblo, «el país nacional». Esto, en efecto, se generó al tiempo que se reivindicaba una genuina tradición democrática del partido liberal, la cual encarnaba tanto los liberales «conversos» —distanciados del oficialismo del partido— como los conservadores contrarios al poder oligárquico. De esta manera, la redención del pueblo se propone —simultáneamente— desde

y más allá de la división bipartidista. Esto se evidenciaba en las palabras del Gaitán contra la Unión Nacional a fines de 1946:

[...] No encuentro la diferencia que hay entre el paludismo de los campesinos liberales y el paludismo de los conservadores. No encuentro la diferencia que existe entre el analfabeto liberal y analfabeto conservador [...]. Estamos a la defensa de esas inmensas masas que constituyen el partido liberal y de esas masas todavía oscurecidas del partido conservador que no han visto la verdad (Gaitán, 1968 [1946], p. 460).

Por otra parte, la actividad política de Gaitán en 1947 fue fundamental para su consolidación como una de las figuras más importantes de la vida pública colombiana. La convención del liberalismo, celebrada el 18 de enero de dicho año, tuvo como finalidad catapultar el lema «Por la reconquista del poder». En el documento que salió de aquella convención, *La Plataforma del Colón*, puede leerse en su primer artículo: «El partido liberal de Colombia es el partido del pueblo» (Gaitán, 1989 [1947], p. 42). Efectivamente, *La Plataforma...* es central para dar cuenta de la yuxtaposición entre el discurso gaitanista y el del liberalismo tradicional. Como se ha hecho hincapié anteriormente en este artículo, no se considera que esta transición —como lo afirman Pécaut (2001) y Braun (1998)— haya significado ni la «entrega» del gaitanismo al bipartidismo tradicional como tampoco la finalización del movimiento en tanto proceso político beligerante. La llegada de Gaitán a las altas esferas del liberalismo, si bien significó un atemperamiento de su discursividad —un desplazamiento inevitable al dejar de hablar desde la disidencia para pronunciar sus ideas en nombre del Partido Liberal—, a su vez significó que el «verdadero pueblo» del gaitanismo se tornara en el mismo pueblo liberal.

[141]

Este entremezclamiento definitivo entre la corriente gaitanista y el Partido Liberal fue fundamental para los procesos electorales de marzo y octubre de 1947, ya que las elecciones de aquel marzo fueron el primer paso hacia el establecimiento de una mayoría liberal de vertiente gaitanista en el Congreso Nacional. No obstante, los resultados positivos para el gaitanismo de dichos comicios, además de afianzar al Partido Liberal en el poder legislativo, también exacerbaron los episodios de la violencia entre militantes de ambos partidos que ya venían sucediendo la llegada de Ospina Pérez al poder en agosto de 1946.

Esta presencia abrumadora de la violencia bipartidista empieza a aparecer con más insistencia desde 1947 en la discursividad gaitanista. Ya desde enero de aquel año, Gaitán reiteraba su deseo de establecer la reconquista del poder por medio de «una lucha pacífica», no sin hacer un llamamiento constante a no permitir el fraude y el delito: «contra el delito está la legítima defensa» (Gaitán citado en Berríos, 2012, p. 85). Asimismo, un punto álgido del llamamiento a la paz se da en abril de 1947, cuando Gaitán redacta un «Memorial de agravios» contra Ospina Pérez, en el cual consideraba que los culpables de la violencia desatada son «elementos oscuros del conservatismo» y que algunos funcionarios conservadores «han tomado beligerante postura a favor de la violencia desencadenada por sordas fuerzas, que se agitan en el subfondo de los partidos políticos y que es *uno de los vicios más funestos y arraigados en nuestras costumbres políticas*» (Gaitán, 1979 [1947], p. 307. Énfasis propio). No desconociendo el contexto violento y exponiendo varios casos de acciones armadas contra militantes liberales que les impidió acudir a las urnas en marzo, Gaitán (1979 [1947]) exigió en dicho Memorial que desde la Casa de Nariño se garantizara el orden público para «eliminar de la vida colombiana la coacción oficial y la furia del sectarismo burocrático» (p. 308).

[142]

En resumen, entre los años 1946 y 1947 el gaitanismo fue fluctuando *triangularmente* entre repudiar la violencia bipartidista, realizar un creciente llamamiento a la «legítima defensa» y ahondar en la disputa discursiva contra su alteridad. Empero dicha triangulación, prevalece en las intervenciones gaitanistas la insistencia a transformar por vías electorales la conducción política colombiana, como puede observarse en una intervención de Gaitán en el Congreso de la República, a finales de septiembre de 1947, en la que el jefe único del liberalismo cuestionaba severamente a los militantes que se dejaron provocar por la violencia conservadora (Gaitán, 1968 [1947], p. 504).

Sin embargo, es interesante observar que en el contexto mismo de actos violentos entre militantes de ambos partidos, el llamamiento a las acciones pacíficas por parte de Gaitán era a veces tensionado por una idea ineluctable de su llegada al poder en 1950. Es decir, que su consigna «por la reconquista del poder» remitía no solo a una campaña con miras a ganar las elecciones sino también a una creencia incuestionable de la victoria gaitanista por encima de la violencia conservadora. En un discurso en la

ciudad de Armenia, a principios de septiembre de 1947, Gaitán decía lo siguiente:

Yo tengo una certeza y una duda. La certeza es esta: nos tomaremos el poder. Y la duda: [¿]Cómo nos tomaremos el poder? Si respetan la Constitución y las leyes de la República y nos dan garantías en las elecciones, nos tomaremos el poder. Y si no nos dan las garantías y se violan la constitución y las leyes, por el derecho de las mayorías también nos tomaremos el poder (Gaitán, 1947, citado en Sánchez, 1982, p. 208).

Así, teniendo en cuenta que el liberalismo asumía los episodios de violencia como víctima de una hostilidad oficialista-conservadora,<sup>9</sup> los últimos meses de actividad política de Gaitán y del gaitanismo antes del 9 de abril estuvieron marcados por una creciente presencia de la violencia en todos los ámbitos del país: era un enfrentamiento que el gaitanismo no podía obliterar pero que, simultáneamente, tenía como pretensión acabar.

La oscilación entre, por una parte, insertarse al interior de la lógica bipartidista con los conflictos exacerbados que esto implica, y, por otra parte, la gestión y propuesta de ruptura de dicha lógica es una cuestión que con mucha frecuencia se ha omitido a la hora de analizar el rol del gaitanismo en el sistema político de su época, siendo preponderante atribuirle al movimiento de Gaitán un carácter netamente barbárico. Ya desde 1956, por ejemplo, el intelectual conservador Rafael Azula Barrera consideraba que dicho líder del liberalismo había engañado a Colombia, ya que su llamamiento de paz alimentaba simultáneamente la muerte entre los militantes de los partidos. Según Azula Barrera (1956): «[Gaitán] ordenaba la agitación en las provincias mientras se desfilaba por las calles capitalinas en actitud pacífica [...]. Pero, con todo, era imposible ocultar la doble faz de la estrategia. Porque el mismo silencio era sedicioso y las palabras suaves del caudillo tenían más poder explosivo que sus encendidas arengas» (p. 308).

[143]

Es cierto que esta lectura del gaitanismo ha prevalecido en el tiempo, no solo en el sentido común sino también al interior de análisis intelectuales

<sup>9</sup> Como lo pone en evidencia Perea (1996), para el conservatismo y sus editoriales en el periódico *El Siglo*, fueron los liberales los victimarios del conflicto bipartidista. En febrero de 1948 se afirmaba: «El señor Jorge Eliécer Gaitán con los suyos rindió ayer homenaje a los muertos. Entendemos que se trata de los muertos conservadores, porque los liberales víctimas de la persecución oficial, no existen» (Perea, 1996, p. 148).

relativamente recientes. De esta manera, como se sugirió líneas atrás, para autores como Perea (1996), Pécaut (2001) y Braun (1998), la permanencia de Gaitán en el liberalismo, especialmente desde su jefatura en 1947, implicó más un *continuum* con la violencia bipartidista que una propuesta de ruptura frente al contexto fratricida de la década de 1940 en Colombia. De esta manera se sostiene que la discursividad gaitanista no pudo sino sucumbir a la muerte «sin más» que ofrecía su contexto.

Al respecto de estas opiniones, se proponen aquí dos objeciones. Primero, y teniendo en cuenta el recorrido discursivo del gaitanismo entre 1946 y 1948 arriba esbozado, se considera que justamente al integrarse al liberalismo oficial y al elaborar una yuxtaposición de su proyecto político con dicho partido Gaitán logró impulsar con mayor ahínco su movimiento para que encarnara simbólicamente la representación de un verdadero país —en tanto sinónimo del pueblo liberal—, esto es, como la única fuerza política legítima de Colombia frente a la oligarquía y las «todavía oscurecidas» masas conservadoras. Segundo, y que se desprende de la reflexión anterior, se observa en el gaitanismo una institucionalización de una *ruptura* en el orden político colombiano de la época que se evidencia con el llamado de Gaitán a la victoria electoral del liberalismo para frenar la violencia imperante, esto tensionado siempre con el amenazante recurso de la «legítima defensa».

[144]

En resumen, la integración del gaitanismo al bipartidismo colombiano fue resultado de una presión innegable del entorno político sobre el movimiento; sin embargo, a partir del proceso gaitanista se configuró una doble *fractura* tanto al interior del Partido Liberal como del sistema político de la Colombia de mediados de siglo xx. En otros términos: si bien Gaitán y su movimiento no pudo salirse de su contexto de emergencia —tarea imposible, por cierto—, esto no significó que no intentaran reformular las lógicas del mismo.

## Conclusiones

En *Las políticas nacional-populares*, el ilustre sociólogo Alain Touraine (1998 [1987]) realiza una interesante tipología de las diversas manifestaciones de lo «populista» en la región latinoamericana —partidos, movimientos, políticas, entre otros—, concluyendo que dicho fenómeno ha servido para procesar de manera pacífica las diversas transformaciones sociales, políticas y económicas que se han dado en la región en el siglo xx. Para Touraine, justamente, los «reemplazos» de lo conflictivo por la participación, la clase

por la nación y la oposición por la unidad, permitieron que los populismos lograran resolver transformaciones abruptas de lo social con un dinamismo inusitado, esto sin recurrir a la violencia política.

En palabras del autor francés, los gobiernos populistas fueron procesos «revolucionarios sin revolución», agregando más adelante:

[Silvia] Sigal y [Eliseo] Verón han identificado la razón de ser del populismo: eliminar la violencia siempre presente en una sociedad de contrastes, contradicciones y conflictos. El triunfo del sistema nacional-popular ha dado a la política latinoamericana, durante décadas, un marco pacífico sorprendente, ya que detrás de los discursos modernizantes integradores se divisan fácilmente formas brutales de explotación social, migraciones y desarraigo, formas violentas de resistencia de los desposeídos (Touraine, 1998, p. 357).

Esta lectura —por así decirlo— optimista de Touraine resulta extraña si se tienen en cuenta los numerosos estudios en los cuales se insiste en establecer un lazo directo entre populismo y violencia política. Como se expuso en el presente artículo, al contrario de Touraine, para Pécaut (2001) y Perea (1996) el vínculo entre el proceso gaitanista —en tanto populismo— y la violencia irrestricta del bipartidismo parece incontestable; para dichos autores, este *continuum* se evidenció con mucha más fuerza tanto desde la represión ejercida por parte del *establishment* que pervivió al magnicidio de Gaitán —y a la «hecatombe» orquestada por un pueblo desclasado— como desde la germinación de grupúsculos que, sintiéndose en el deber de transformar el orden, no dejaron de apelar a la erradicación física de la alteridad para imponer su propuesta política.

Por el contrario, se ha querido resaltar en este texto que la faceta del populismo, como contención precaria de la violencia, ha sido descuidada por muchos de los análisis existentes sobre el proceso gaitanista. Es por esta razón que los estudios del gaitanismo y su relación con hechos violentos omiten las tensiones propias que dicho movimiento tuvo que sortear en su pretensión a ser el *todo comunitario*, en un contexto donde imperaba la eliminación física de la alteridad política. Esto, reitero, no significa que el proceso político de Gaitán no haya usado elementos discursivos propios de su belicoso entorno. Lo que se busca resaltar aquí, sin embargo, es que justamente el gaitanismo encausó dichos elementos —de enfrentamiento— hacia una propuesta alternativa a la violencia para transformar radicalmente

[145]

lo comunitario. O dicho en nuestros términos: el movimiento gaitanista se erigió como *dique* inestable frente a una cosmovisión política de erradicación de la alteridad, propia de mediados de siglo xx en Colombia.

En sintonía con lo anterior, Aboy Carlés (2013) asegura que «como movimientos de fuerte homogeneización política que navegaron las turbulentas aguas de la polarización, los populismos latinoamericanos constituyeron poderosas fuerzas reformistas y son actores centrales de la democratización en América Latina» (p. 40).<sup>10</sup>

Por último, y teniendo en cuenta el análisis del caso gaitanista antes propuesto, es pertinente plantear un interrogante que puede servir para disquisiciones posteriores respecto a la caracterización del populismo y su relación con la violencia. Cabe preguntarse, entonces, hasta qué punto el trato al *otro* como «excrecencia irrepresentativa» es una pretensión extrema de reducir la multiplicidad en el espacio comunitario; en otros términos: ¿es pertinente hablar de violencia no solo como eliminación de la alteridad sino también como ampliación homogeneizante de una solidaridad política tanto al interior como al exterior de su propio espacio? ¿No es esto más bien una confusión que alimenta a tratar como sinónimos la *violencia política* y la indeleble *polarización* de los populismos? La respuesta exhaustiva de este interrogante excede las pretensiones del presente artículo.

[146]

Lo que sí es cierto es que el populismo remite siempre a una especie de paroxismo de la disputa política, una exacerbación liminal de los procesos democráticos liberales que sugieren seguir indagando sobre su procesamiento bastante particular de la alteridad, los contextos de configuraciones solidarias donde emerge y, finalmente, su polémica pretensión de representar el todo comunitario.

## Referencias bibliográficas

1. Aboy Carlés, Gerardo. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens.
2. Aboy Carlés, Gerardo. (2004). Repensando el populismo. En: Weyland, Kurt et al. *Releer los Populismos* (pp. 79-126). Quito: CAAP.

---

<sup>10</sup> En otro texto, Aboy Carlés (2007, p. 51) enfatiza que una de las características más destacables de los populismos latinoamericanos es su beligerante aspiración a una representación global u homogénea de la comunidad, sin emprender el espinoso camino de la guerra civil.

3. Aboy Carlés, Gerardo. (2007). La democratización beligerante del populismo. *Revista de la Asamblea Nacional de Panamá*, 12, pp. 47-58.

4. Aboy Carlés, Gerardo. (2010). Populismo, regeneracionismo y democracia. *POSTData*. 15 (1), pp. 11-30.

5. Aboy Carlés, Gerardo. (2013). De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la *plebs*. En: Aboy Carlés, Gerardo et. al. *Las brechas del pueblo: reflexiones sobre identidades populares y populismo* (pp. 17-40). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.

6. Aboy Carlés, Gerardo. (2014). El nuevo debate sobre el populismo y sus raíces en la transición democrática: el caso argentino. *Colombia Internacional*, 82, pp. 23-50. <https://doi.org/10.7440/colombiaint82.2014.02>

7. Acosta Olaya, Cristian. (2014). Gaitanismo y populismo. Algunos antecedentes historiográficos y posibles contribuciones desde la teoría de la hegemonía. *Colombia Internacional*, 82, pp. 129-155. <https://doi.org/10.7440/colombiaint82.2014.06>

8. Acosta Olaya, Cristian. (2015). '¡A la Carga!' Gaitanismo, populismo e identidades políticas en Colombia (1944-1948). (Tesis inédita de maestría en Ciencia política). IDAES, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires.

9. Acosta Olaya, Cristian. (2016). «¡A la carga!» y las evocaciones gaitanistas. Populismo, identidades y violencia política en Colombia (1944-1948). *Las Torres de Lucca*, 8, pp. 75-104.

10. Ayala, César Augusto. (2011). *La explosión del populismo en Colombia. Anapo y su participación política durante el Frente Nacional*. Bogotá, D. C.: Universidad Nacional de Colombia. [147]

11. Azula Barrera, Rafael. (1956). *De la Revolución al Orden Nuevo. Proceso y drama de un pueblo*. Bogotá, D. C.: Kelly.

12. Berríos, Rodrigo. (2012). *El populismo en Colombia. Historia política desde el periódico gaitanista Jornada (1944-1949)*. Saarbrücken: Académica Española.

13. Braun, Herbert. (1998 [1987]). *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá, D. C.: Norma.

14. Di Tella, Torcuato. (1965). Populismo y Reforma en América Latina. *Revista Desarrollo Económico*, 4 (16), pp. 391-425. <https://doi.org/10.2307/3465879>

15. Gaitán, Jorge Eliécer. (1968). *Los mejores discursos 1919-1948*. Bogotá, D. C.: Jorvi.

16. Gaitán, Jorge Eliécer. (1979). *Obras Selectas. Colección pensadores políticos colombianos*. Bogotá, D. C.: Imprenta Nacional.

17. Gaitán, Jorge Eliécer. (1989). La Plataforma del Colón. En: Gaitán, Jorge, *Gaitán y la Constituyente. Un ejemplo de democracia participativa*. Bogotá, D. C.: Instituto Colombiano de la Participación Jorge Eliécer Gaitán.

18. Kaiser, Alex y Álvarez, Gloria. (2016). *El engaño populista. Por qué se arruinan nuestros países y cómo rescatarlos*. Buenos Aires: Ariel.

19. Laclau, Ernesto. (1986 [1977]). *Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.

20. Laclau, Ernesto. (1987). Populismo y transformación del imaginario político en América Latina. *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 42, pp. 25-38.

21. Laclau, Ernesto. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

22. López, Ricardo. (2011). «Nosotros también somos parte del pueblo»: gaitanismo, empleados y la formación histórica de la clase media en Colombia, 1938-1948. *Revista Estudios Sociales*, 41, pp. 84-105. <https://doi.org/10.7440/res41.2011.07>

23. Mackinnon, Moira y Petrone, Mario Alberto (comps.). (1998). *Populismo y neopopulismo, el problema de la Cenicienta*. Buenos Aires: Eudeba.

24. Magrini, Ana Lucía. (2011). Prácticas político-comunicativas. Un análisis discursivo de los sentidos del discurso gaitanista en Colombia (1928-1948). En: Ruiz, Juan (comp.). *Aproximaciones interdisciplinarias al estado de los estudios del discurso* (pp. 239-274). Bogotá, D. C.: Instituto de Estudios en Comunicación y Cultura, Universidad Nacional.

25. Melo, Julián. (2009). Fronteras populistas: populismo, federalismo y peronismo entre 1943 y 1955. (Tesis inédita de doctorado en Ciencias Sociales). Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

26. Osorio Lizarazo, José Antonio. (1998 [1952]). *Gaitán. Vida, muerte y permanente presencia*. Bogotá, D. C.: El Áncora.

27. Palacios, Marco. (1971). *El Populismo en Colombia*. Bogotá, D. C.: Siuasinza.

[148]

28. Pécaut, Daniel. (2001 [1987]). *Orden y violencia: evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Bogotá, D. C.: Norma.

29. Pécaut, Daniel. (2014). En Colombia todo es permitido, menos el populismo. *Revista de Estudios Sociales*, 50, pp. 21-24. <https://doi.org/10.7440/res50.2014.04>

30. Perea, Carlos Mario. (1996). *Porque la sangre es espíritu*. Bogotá, D. C.: Santillana.

31. Pérez, Aníbal. (2010 [1948]). Un peronista en *El bogotazo. El Malpensante*, 107, pp. 31-43.

32. Rodríguez, Gina Paola. (2014). Violencia parainstitucional y cruzada antipopular en Colombia (1946-1958). En: Ansaldi, Waldo y Giordano, Veronica (coords.). *América Latina. Tiempos de violencias* (pp. 131-160). Buenos Aires: Ariel.

33. Rodríguez Franco, Adriana. (2012). El gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1957). (Tesis de maestría en Historia). Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, D. C.

34. Roldán, Mary. (2003). *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia. 1946-1953*. Bogotá, D. C.: ICANH.

35. Sánchez, Gonzalo. (1982). El gaitanismo y la insurrección del 9 de abril en Provincia. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 10, pp. 191-229.

36. Touraine, Alain. (1998 [1987]). Las políticas nacional-populares. En: Mackinnon, Moira y Petrone, Mario (coords.). *Populismo y neopopulismo, el problema de la Cenicienta* (pp. 329-359). Buenos Aires: Eudeba.